

á la humanidad sólidos, innumerables é inestimables bienes.

Nunca llegará el día en que se niegue ninguna de las proposiciones de Euclides; nadie de aquí en adelante pondrá en tela de juicio la forma esferoidal de la tierra, reconocida por Eratóstenes; el mundo no permitirá que se olviden los grandes inventos físicos y los descubrimientos hechos en Alejandría y en Siracusa. Los nombres de Hiparco, Apolonio, Ptolemeo y Arquímedes se mencionarán con respeto por los hombres de todas las religiones, mientras haya hombres para hablar.

El Museo de Alejandría fué, pues, la cuna de la ciencia moderna. Es verdad que mucho antes de su establecimiento se habían hecho observaciones astronómicas en China y en la Mesopotamia; las matemáticas también se habían cultivado con cierto éxito en la India; pero en ninguno de estos países había tomado la investigación una forma consistente y enlazada, ni se había recurrido al experimento físico.

La forma característica de la ciencia alejandrina y de la ciencia moderna, es que no les basta la simple observación, sino unida á la interrogación práctica de la naturaleza.

## CAPÍTULO II

### Origen del cristianismo.—Su transformación al alcanzar el poder imperial.—Sus relaciones con la ciencia.

Condición religiosa de la república romana.—La adopción del imperialismo conduce al monoteísmo.—El cristianismo se extiende por el imperio romano.—Las circunstancias en que alcanza el poder imperial hacen de su unión con el paganismo una necesidad política.—Descripción de sus doctrinas y prácticas por Tertuliano.—Acción degradante que sobre él ejerce la política de Constantino.—Su alianza con el poder civil.—Su incompatibilidad con la ciencia.—Destrucción de la biblioteca alejandrina y prohibición de la filosofía.—Exposición de la filosofía agustiniana y de la ciencia patristica en general.—Las escrituras erigidas en norma de la ciencia.

Políticamente hablando, el cristianismo es la herencia que el imperio romano ha dejado al mundo.

En la época de transición de Roma, cuando el gobierno pasó de la forma republicana á la imperial, todas las nacionalidades independientes alrededor del Mediterráneo habían caído bajo la férula del poder central, si bien no podían considerar esto como un desastre, toda vez que por tal medio tuvieron fin las perpetuas guerras que unas con otras sostenían, y la miseria que sus conflictos habían producido se trocó por una paz universal.

No tan sólo como señal de las conquistas que había hecho, sino como satisfacción también á su orgullo, había transportado á Roma la victoriosa república los dioses de los vencidos pueblos, y con desdeñosa tolerancia, permitía el culto de todos ellos. La suprema autoridad ejercida por cada divinidad en su residencia original,



desapareció de una vez en medio de la multitud de dioses y diosas que la rodeaban. Como hemos visto ya, los descubrimientos geográficos y el criticismo filosófico habían quebrantado profundamente la fe religiosa de aquellos antiguos tiempos, completando su destrucción esta política de Roma.

Habían desaparecido los reyes de todas las provincias conquistadas, y en su lugar se había colocado un emperador. Los dioses también se habían desvanecido; considerando el enlace que en todo tiempo ha existido entre las ideas políticas y las religiosas, no debe extrañarse absolutamente que el politeísmo manifestase tendencias de convertirse en monoteísmo y como consecuencia se tributaron honores divinos á los emperadores difuntos al principio, y luego á los mismos emperadores que ocupaban el trono.

La facilidad con que se creaban así dioses tuvo un poderoso efecto moral, y la fabricación de uno nuevo hacía caer el ridículo sobre el origen de los antiguos. La encarnación en el Este y la apoteosis en el Oeste, fueron llenando rápidamente el Olimpo de divinidades. En el Este los dioses descendían del cielo y se encarnaban en el hombre; en el Oeste los hombres subían desde la tierra y tomaban asiento entre los dioses. No fué la importación del excepticismo griego lo que hizo excéptica á Roma: los excesos de la misma religión minaron los cimientos de la fe.

Todas las clases de la población no adoptaron con igual rapidez las ideas monoteístas. Los comerciantes, los abogados y los militares, que por la índole de sus ocupaciones estaban más familiarizados con las vicisitudes de la vida y tenían opiniones intelectuales más amplias, fueron los primeros atacados: los labradores y los campesinos fueron los últimos.

Cuando el Imperio, en un sentido militar y político, alcanzó su mayor elevación, llegó á su más alto punto de inmoralidad bajo un aspecto religioso y social; se hizo completamente epicúreo; sus máximas eran que la vida debía tomarse como una fiesta; que la virtud es únicamente el condimento del placer y la templanza el medio

de prolongarlo. Comedores relucientes de oro y pedrería, esclavos soberbiamente aparejados, el encanto de la sociedad femenina, allí donde todas las mujeres eran disolutas; baños magníficos, teatros, gladiadores, tales fueron los objetos deseados por los romanos. Los conquistadores del mundo habían descubierto que la única cosa digna de culto era la fuerza: por ella todo se conseguía, cuanto el comercio y la laboriosidad habían producido. La confiscación de bienes y tierras, los impuestos sobre las provincias, fueron el galardón de unas guerras afortunadas, y el emperador era el símbolo de la fuerza; había un esplendor social que no era sino la corrupción fosforescente del antiguo mundo del Mediterráneo.

En una de las provincias orientales, en la Siria, algunas personas de humildísima condición se habían asociado con objetos benévolos y religiosos. Las doctrinas que predicaban estaban en armonía con ese sentimiento de fraternidad universal que hizo nacer la semejanza que existía entre los reinos conquistados. Eran las doctrinas inculcadas por Jesús.

El pueblo judío, en este tiempo, conservaba una creencia fundada en antiguas tradiciones; esperaba que un libertador nacido entre ellos volvería á darles su antiguo esplendor. Jesús fué considerado por sus discípulos como el Mesías prometido, tantos años esperado. Pero los sacerdotes, creyendo que las doctrinas que sostenía eran contrarias á sus intereses, lo denunciaron al gobernador romano, que para satisfacer sus clamores, y aunque con gran repugnancia, lo condenó á muerte.

Sus doctrinas de amor y de fraternidad sobrevivieron á este suceso; sus discípulos, en vez de dispersarse, se organizaron; uniéronse entre sí bajo un principio de comunismo, depositando en un fondo común sus escasas propiedades y todas sus ganancias. Las viudas y huérfanos de la comunidad eran socorridos, los pobres y enfermos amparados; de este germen se desarrolló una sociedad nueva, y el tiempo confirmó luego que también era todopoderosa: fué la Iglesia. Nueva, porque jamás había existido nada semejante en la antigüedad; poderosa, porque las iglesias locales, aisladas al principio, pronto se



confederaron por su interés común. A esta organización debió el cristianismo todos sus triunfos políticos.

Como hemos dicho, la dominación militar de Roma había producido una paz universal y un sentimiento de fraternidad entre las naciones vencidas. Era fácil, por lo tanto, la rápida difusión por todo el imperio del principio cristiano nuevamente establecido.

Se extendió de la Siria á toda el Asia Menor, y sucesivamente llegó á Chipre, Grecia, Italia, y en el Oeste hasta las Galias y la Gran Bretaña.

Se apresuró su propagación por misioneros que lo hicieron conocer en todas partes; ninguna de las antiguas filosofías clásicas había empleado nunca medios semejantes.

Condiciones políticas determinaron las fronteras de la nueva religión; sus límites fueron por entonces los del imperio romano; Roma, donde es dudoso que muriese Pedro, y no Jerusalem, donde indisputablemente murió el Salvador, vino á ser la capital religiosa. Era mejor poseer la ciudad imperial de las siete colinas, que Gethsemani y el Calvario con todos sus recuerdos divinos.

Por muchos años mostróse el cristianismo como un sistema que prescribía tres cosas: el respeto de Dios, la pureza de la vida, el amor á nuestros semejantes. En sus tempranos días de debilidad adquirió prosélitos sólo por la persuasión, pero á medida que aumentaba su número y crecía su influencia, principió á exhibir tendencias políticas y disposiciones á formar un gobierno dentro del gobierno y un imperio dentro del imperio; estas tendencias no las ha perdido jamás desde aquel tiempo; en verdad, son resultado lógico de su desarrollo. Descubriendo los emperadores romanos que era absolutamente incompatible con el sistema imperial, intentaron abatirlo por la fuerza; obraban en esto de acuerdo con el espíritu de sus máximas militares, que sólo reconocían la fuerza como medio de obtener conformidad.

En el invierno de 302 á 303 rehusaron los soldados cristianos de algunas legiones tomar parte en las solemnidades instituidas, ya hacía mucho tiempo, en honor de los dioses; el motín se extendió con tal rapidez y el

caso era tan urgente, que el emperador Diocleciano se vió obligado á convocar un consejo con objeto de determinar lo que debía hacerse.

La dificultad de la situación puede tal vez apreciarse cuando se sepa que la esposa y la hija de Diocleciano eran cristianas. Era éste hombre de gran capacidad y amplias ideas políticas; reconoció en la oposición que debía hacerse al nuevo partido una necesidad de Estado; sin embargo, ordenó expresamente que no se derramase sangre; pero ¿quién puede dominar una furiosa conmoción civil? La iglesia de Nicomedia fué arrasada hasta los cimientos, y en represalias incendiado el palacio imperial y hecho pedazos y despreciado con todo descaro un edicto. Los oficiales cristianos del ejército fueron degradados; en todas partes tenían lugar martirios y matanzas. Tan irresistible fué la marcha de los sucesos, que ni el mismo Emperador pudo detener la persecución.

Vino entonces á ser evidente que los cristianos constituían una parte poderosa del Estado, animada de indignación por las atrocidades que había sufrido, y determinada á no soportarlas por más tiempo. Después de la abdicación de Diocleciano (305), Constantino, uno de los competidores á la púrpura, se puso públicamente á la cabeza del partido cristiano, percibiendo las ventajas que le acarrearía esta política; encontro así en todo el imperio hombres y mujeres dispuestos á desafiar el fuego y el acero en apoyo suyo, y el concurso decidido de adeptos en todas las legiones de los ejércitos. En la batalla decisiva cerca del puente Milvio, coronó la victoria sus planes. La muerte de Maximino, y más tarde la de Licinio, hicieron desaparecer todos los obstáculos y subió al trono de los Césares, primer Emperador cristiano.

Empleos, beneficios, poder, tal era la perspectiva que se ofrecía á la vista de los que ahora se unieran á la secta conquistadora. Una multitud de personas mundanas, sin apego alguno á estas ideas religiosas, se hicieron sus más ardientes sostenedores; paganos de corazón, su influencia se manifestó pronto en el paganismo que inmediatamente revistió la cristiandad; el Emperador, que



no era mejor que ellos, no hizo nada para impedirlo, pero no se conformó personalmente á las prescripciones ceremoniosas de la Iglesia hasta el fin de su malvada vida (337 años).

Para que podamos apreciar debidamente las modificaciones impresas ahora en el cristianismo, modificaciones que á veces lo pusieron en conflicto con la ciencia, debemos emplear como medio de comparación un testimonio de lo que era en sus días más puros: tal lo encontramos afortunadamente en la *Apología ó Defensa de los cristianos contra las acusaciones de los gentiles*, escritas por Tertuliano, en Roma, durante la persecución de Severo, y dirigida, no al Emperador, sino á los magistrados que tenían á su cargo juzgar á los acusados. Es una solemne y ardiente queja, en la que se encuentra cuanto pudiera decirse en aclaración del asunto; una representación de la creencia y causa de los cristianos, hecha en la ciudad imperial á la faz del mundo entero: no es un llamamiento eclesiástico apasionado y turbulento, sino un grave documento histórico. Siempre ha sido considerado como uno de los mejores escritos cristianos de los primeros tiempos; su fecha, unos 200 años después de J. C.

Empieza Tertuliano su argumentación con gran habilidad; dice á los magistrados que el cristianismo es un extranjero sobre la tierra y que espera encontrar enemigos en un país que no es el suyo; sólo pide que no se le condene sin oírlo, y que los magistrados romanos permitan que se defienda á sí propio, pues las leyes del imperio obtendrán más brillo si se dicta sentencia después de un juicio, y lo contrario si se le condena sin oír la defensa; que es injusto odiar una cosa que no se conoce, aun cuando pudiera ser digna de ser odiada; que las leyes de Roma castigan las acciones, no los nombres; y que á pesar de esto habían sido condenadas gentes por llamarse cristianos y sin que estuviesen acusadas de ningún crimen.

Expone más adelante el origen, la naturaleza y los efectos del cristianismo, estableciendo que se halla fundado en las Escrituras hebráicas, que son los más venerables de todos los libros. Dice á los magistrados: «Los

libros de Moisés, en los que Dios ha encerrado como en un tesoro toda la religión de los judíos, y por consecuencia toda la religión cristiana, son mucho más antiguos que los vuestros; más aún que vuestros más remotos monumentos públicos, que el establecimiento de vuestro estado, que la fundación de muchas grandes ciudades, que cuanto conocéis en todas las edades de la historia y memorias de los tiempos, y que la invención de los caracteres, que son los intérpretes de las ciencias y los guardadores de todas las cosas excelentes. Creo que puedo decir más: son anteriores á vuestros dioses, á vuestros templos, á vuestros oráculos y sacrificios. El autor de estos libros vivió 1.000 años antes del sitio de Troya y 1.500 antes de Homero.»

El aliado de la verdad es el tiempo y sólo lo que es cierto y ha sido comprobado por él es lo que cree el hombre prudente. La principal autoridad de estas Escrituras se desprende de su antigüedad venerable. El más sabio de los Ptolemeos, que fué llamado Filadelfo, príncipe cumplido, obtuvo una copia de estos libros sagrados por consejo de Demetrio Falereo, y pueden hoy día hallarse en su biblioteca. La divinidad de estas Escrituras se prueba porque todo cuanto ocurre en nuestros días se encuentra en ellas profetizado: contienen cuanto ha pasado desde aquella fecha ante los ojos del hombre.

¿No es el cumplimiento de una profecía el testimonio de su verdad? Si hemos visto justificadas estas profecías por los sucesos pasados, ¿se nos podrá vituperar si creemos en las que se refieren á los venideros? Ahora bien, así como creemos en las cosas profetizadas que han sido cumplidas, así creemos en las que están anunciadas y no se han verificado todavía; porque todas han sido predichas por la misma Escritura, lo mismo las que tienen lugar diariamente, como las que todavía no se han cumplido.

Esta Sagrada Escritura nos enseña que hay un Dios que hizo el mundo de la nada, y que, aunque visto diariamente, es invisible; su inmensidad él solo la conoce y á un tiempo nos lo oculta y revela. Ha dispuesto para el hombre castigos ó recompensas según haya vivido; re-



sucitará los muertos desde la creación del mundo, los que volverán á tomar sus cuerpos, y luego los juzgará entregándolos á la felicidad sin límites ó á las llamas eternas. Los fuegos del infierno son aquellas llamas ocultas que la tierra tiene encerradas en sus entrañas. Ha enviado al mundo, en otra época, predicadores ó profetas; los de los antiguos tiempos eran judíos y dirigieron sus oráculos á éstos, puesto que ellos lo eran, quienes los han conservado en las Escrituras. Sobre ellos, como se ha dicho, se ha fundado el cristianismo, si bien éste difiere en sus ceremonias del judaísmo; se nos acusa de adorar á un hombre y no al Dios de los judíos. No; el honor que rendimos á Cristo no deroga el que rendimos á Dios.

En cuanto al mérito de estos antiguos patriarcas, consideremos que los judíos eran el único pueblo querido de Dios; se deleitaba en comunicar con ellos por su propia boca; por él fueron levantados á admirable altura, pero se pervirtieron y lo abandonaron, cambiando sus leyes en un culto profano. Les advirtió que escogería para sí servidores más fieles, y por su crimen los castigó arrojándolos de su país; ahora se encuentran dispersos por todo el mundo, errantes en todas partes; no pueden gozar del aire que respiraron al nacer; no tienen ni un Dios, ni un hombre por rey; ha obrado según lo trataron y ha tomado en todas las naciones y países de la tierra un pueblo más fiel que ellos. Por sus profetas declaró que obtendrían grandes favores y que un Mesías vendría á publicar una nueva ley entre ellos. Este Mesías era Jesús, que también es Dios; porque Dios puede derivarse de Dios, como la luz de una bujía puede derivarse de la de otra. Dios y su Hijo son un mismo Dios; una luz que se toma de otra es igual á ella misma.

Las escrituras nos dan á conocer dos venidas del Hijo de Dios; la primera en la humildad, la segunda en el poder, el día del Juicio. Los judíos debían saber todo esto por sus profetas, pero sus pecados los han cegado hasta el punto de no reconocerlo á su primera venida y están esperándolo en vano todavía. Creyeron que todos los milagros ejecutados por él eran obras de magia; los

doctores de la ley y los príncipes de los sacerdotes le tenían envidia y lo denunciaron á Pilatos. Fué crucificado, muerto y sepultado, y á los tres días resucitó, permaneció entre sus discípulos cuarenta días, luego fué envuelto en una nube y ascendió al cielo; verdad mucho más cierta que ninguno de los testimonios humanos relativos á la ascensión de Rómulo ó de cualquier otro príncipe romano que haya subido al mismo lugar.

Tertuliano describe luego el origen y la naturaleza de los demonios, quienes, bajo su príncipe Satanás, producen las enfermedades, las tempestades, la destrucción de los gérmenes de la tierra, seducen á los hombres para que ofrezcan sacrificios, con objeto de obtener su alimento, que es la sangre de las víctimas. Son tan ligeros como los pájaros y saben cuanto pasa sobre la tierra; viven en el aire y desde ahí espían lo que ocurre en el cielo; por esto pueden fingir profecías y oráculos é imponerlos á los hombres. Así anunciaron en Roma que se obtendría la victoria sobre el rey Perseo cuando ya sabían que la batalla estaba ganada. Es falso que curen las enfermedades, pues toman posesión del cuerpo de un hombre y le producen desórdenes, y entonces ordenan algún remedio, dejan de afligir al poseído y las gentes creen que se ha verificado una cura.

Aunque los cristianos niegan que el emperador sea Dios, sin embargo ruegan por su prosperidad, porque la disolución general que amenaza al universo y la conflagración del mundo están retardadas tanto como dure la gloriosa majestad del triunfante imperio romano, y no desean presenciar la destrucción de la naturaleza. Reconocen una sola república, que es todo el mundo; constituyen un cuerpo, adoran un Dios y miran todos ante sí la felicidad eterna; no sólo ruegan por el emperador y los magistrados, sino también por la paz. Leen las Escrituras para alimentar su fe, elevar sus esperanzas y fortificar la que tienen en Dios. Se reúnen para exhortarse unos á otros y apartar los pecadores de su sociedad; tienen obispos que los presiden, aprobados por los sufragios de los mismos que están llamados á gobernar. Al fin de cada mes cada uno contribuye, si es su voluntad,



pero á ninguno se obliga á dar; el dinero recogido de este modo es la fianza de la piedad y no se consume en comer ni beber, sino en alimentar á los pobres y en enterrarlos; en socorrer á los huérfanos sin bienes, en ayudar á los ancianos que han gastado sus mejores días en servicio de la fe; en asistir á los que han perdido en los naufragios cuanto habían, y á los condenados á las minas ó desterrados á las islas ó encerrados en las prisiones, por profesar la religión del verdadero Dios. Todo es común entre los cristianos, menos las mujeres. No tienen fiestas, como si debieran morir mañana, y no edifican como si hubieran de vivir siempre; los fines de su vida son la inocencia, la justicia, la paciencia, la templanza y la caridad.

A esta noble exposición de la creencia y vida cristianas de su tiempo, no vacila Tertuliano en agregar un ominoso aviso dirigido á los magistrados; ominoso, porque era el presagio de un gran suceso que pronto iba á tener lugar. «Nuestro origen es reciente, y, sin embargo, ya llenamos cuanto alcanza vuestro poder; ciudades, fortalezas, islas, provincias, las asambleas del pueblo, los arrabales de Roma, el Palacio, el Senado, los empleos públicos, y especialmente los ejércitos; sólo os hemos dejado vuestros templos; ¡reflexionad que podemos emprender grandes guerras! ¡Con cuánta prontitud no nos sería dado armarnos, si no nos refrenase nuestra religión, que enseña que es mejor ser muerto que matar!!»

Antes de terminar su defensa, repite Tertuliano una afirmación que, puesta en práctica más tarde, afectó al desarrollo intelectual de toda Europa. Declara que las Sagradas Escrituras son un tesoro, del cual se desprende toda la verdadera sabiduría del mundo; que á ellas deben todo, filósofos y poetas; trabaja por demostrar que son norma y medida de toda verdad y que lo que no esté conforme con ellas debe ser falso necesariamente.

Por la hábil obra de Tertuliano vemos lo que era el cristianismo mientras sufría persecuciones y luchaba por la existencia. Debemos ahora examinar qué llegó á ser en posesión del poder imperial. Grande es la diferencia que existe entre el cristianismo del tiempo de Severo y

el posterior á Constantino; muchas de las doctrinas preeminentes en esta última época fueron desconocidas en el primer período.

Dos causas concurren á la amalgama del cristianismo y el paganismo:

1.º Las necesidades políticas de la nueva dinastía.

2.º La política adoptada por la nueva religión para asegurar su desarrollo.

1.º Aunque los cristianos habían demostrado ser bastante fuertes para poder dar un jefe al Imperio, no les fué nunca posible destruir su antagonista el paganismo. El resultado de la batalla que entre ambos se libró, fué una amalgama de los principios de cada uno; en esto difiere el cristianismo del mahometismo, el cual aniquiló á su enemigo por completo y extendió su doctrina sin adulteración.

Constantino mostró continuamente, por su conducta, que conocía que debía ser el soberano imparcial de todo su pueblo, y no sólo el representante de una facción afortunada. Así es que, si edificó iglesias cristianas, también restauró templos paganos; si escuchó al clero, también consultó los arúspices; si reunió el concilio de Nicea, también veneró la estatua de la Fortuna; si aceptó el rito del bautismo, también acuñó una medalla en que se le nombraba Dios. Su estatua, erigida en el extremo de la gran columna de pórfido de Constantinopla, era una antigua imagen de Apolo, cuyas facciones fueron sustituidas por las del emperador; la cabeza estaba rodeada de una corona de gloria hecha con los fingidos clavos que sirvieron para la crucifixión de Cristo.

Conociendo que debían hacerse concesiones al derrotado partido pagano, acogió con satisfacción, puesto que eran sus ideas, la tendencia idólatra de su corte; los jefes de este movimiento eran, en efecto, personas de su propia familia.

2.º En cuanto al Emperador, hombre ambicioso, mundano y sin ninguna creencia religiosa, pensó indudablemente que era lo mejor para él, para el imperio y para las partes contrincantes, que cristianos y gentiles se uniesen y amalgamasen cuanto fuera posible. Puede que aun



los cristianos sinceros no fueran opuestos á esto; quizás creyeran que la nueva doctrina se difundiría por todas partes con más facilidad incorporada á las ideas ya adquiridas de antiguo, y que al fin la verdad triunfaría y la impureza sería despreciada. En la realización de esta amalgama, abrió la marcha Elena, madre del emperador, acompañada por las damas de la corte; para complacerla, se descubrieron en una caverna de Jerusalem, donde habían permanecido enterradas más de tres siglos, la cruz del Salvador, la de los dos ladrones, la inscripción y los clavos. Su autenticidad se probó con un milagro; empezó entonces un verdadero culto de las reliquias. Apareció de nuevo la superstición como en los tiempos de los antiguos griegos cuando se enseñaban en Metaponto las herramientas que se usaron en fabricar el caballo de Troya; en Queronea el cetro de Pélope; en Faselis la lanza de Aquiles; en Nicomedia la espada de Memnon; cuando los Tejeatas mostraban el retiro del jabalí caledonio, y muchas ciudades se jactaban de poseer el verdadero paladión de Troya; cuando había estatuas de Minerva que blandían la lanza, pinturas capaces de ruborizarse, imágenes que sudaban é innumerables santuarios y capillas de reliquias donde se verificaban curas milagrosas.

A medida que pasaban los años, iba cambiándose la fe descrita por Tertuliano en otra más elegante y envilecida incorporada á la mitología griega. Renació el Olimpo, si bien con divinidades de distintos nombres; las provincias más poderosas insistieron en que se adoptasen sus veneradas concepciones de otros tiempos; se admitieron opiniones sobre la Trinidad conformes con la tradición egipcia; no sólo se restableció bajo un nuevo nombre la adoración de Isis, hasta su imagen, de pie sobre la luna creciente, volvió á aparecer. La efigie bien conocida de esta diosa, con su hijo Haroeri en los brazos, ha llegado hasta nuestros días en la bella y artística creación de la Madre y el Niño. El restablecimiento bajo una forma nueva de estas antiguas concepciones, fué recibido en todas partes con delicia. Cuando se anunció á los habitantes de Efeso que aquel concilio presidido por Cirilo había decretado que la Virgen sería llamada «Madre de

Dios», se abrazaron á las rodillas de su obispo derramando lágrimas de alegría; eran destellos de la antigua creencia, y lo mismo hubieran hecho sus antepasados por Diana.

Este intento de conciliar los convertidos mundanos, adoptando sus ideas y sus prácticas, no dejó de provocar censuras: «Habéis», dice Fausto á Agustín, sustituido los sacrificios de los paganos con vuestros agapes, sus ídolos con vuestros mártires, á los que rendís los mismos honores. Apaciguáis las sombras de la muerte con vino y orgías; celebráis las festividades solemnes de los gentiles, sus calendas y sus solsticios, y en cuanto á sus costumbres, las habéis aceptado sin alterarlas. Nada os distingue de los paganos, salvo que tenéis separadas vuestras reuniones.» Los ritos paganos se introducían por todas partes, y en las bodas era costumbre cantar himnos á Venus.

Detengámonos aquí un momento y veamos, anticipadamente, á qué profunda degradación intelectual condujo esta política de paganización; se adoptaron los ritos gentilicos de pompa y esplendor; los vistosos trajes, las mitras, las tiaras y las hachas; los oficios procesionales, las lustraciones y los vasos de oro y plata; el lituo romano, insignia principal de los augures, se convirtió en báculo pastoral. Se edificaron las iglesias sobre las tumbas de los mártires y fueron consagradas con ritos tomados de las antiguas leyes de los pontífices romanos. Las fiestas y conmemoraciones de los mártires se multiplicaron tanto como los innumerables hallazgos ficticios de sus restos; el ayuno vino á ser el gran medio de ahuyentar al demonio y de apaciguar á Dios; el celibato la mayor de las virtudes; se hicieron romerías á Palestina y á las tumbas de los mártires, y grandes cantidades de tierra y polvo traídas de los Santos Lugares fueron vendidas á precios enormes, como antidotos contra el demonio; se ensalzaron las virtudes del agua bendita. Se introdujeron en las iglesias imágenes y reliquias que eran adoradas á usanza de los dioses gentiles, y se operaban milagros y prodigios en ciertos parajes como en tiempo de los paganos. Se invocaban las almas bienaventuradas



de los cristianos muertos y se creía que andaban errantes por el mundo ó rondaban cerca de los sepulcros; se multiplicaron las iglesias, los altares y los hábitos penitenciaros. Se inventó la fiesta de la Purificación de la Virgen, para desterrar la intranquilidad del ánimo de los convertidos paganos que echaban de menos las lupercales ó fiestas de Pan. Se desarrolló el culto de las imágenes, de los pedazos de cruz ó de huesos, de los clavos y otras reliquias: un verdadero fetichismo; dos argumentos se empleaban para demostrar la autenticidad de estos objetos; uno la autoridad de la Iglesia, otro el poder obrar milagros. Eran venerados hasta los raídos trajes de los santos y la tierra de sus sepulcros. Se trajeron de Palestina unos esqueletos, que se afirmaba eran los de San Marcos, Santiago y otros antiguos justos. La apoteosis de los antiguos tiempos de Roma fué sustituida por la canonización, y santos tutelares ocuparon el lugar de las divinidades mitológicas locales. Luego vino el misterio de la Transustanciación, ó la conversión por el sacerdote del pan y el vino en el cuerpo y sangre de Cristo, y al paso que transeurrían los siglos iba siendo la pagанизación más completa. Se instituyeron fiestas religiosas en recuerdo de la lanza con que fué atravesado el costado del Salvador, de los clavos con que fué asegurado á la cruz y de la corona de espinas; y aunque varias abadías poseían á un tiempo algunos ejemplares de estas incomparables reliquias, nadie se atrevía á decir que era imposible la autenticidad de todas ellas.

Podemos leer con provecho las observaciones hechas por el obispo Newton sobre este paganismo de los cristianos; pregunta: «¿No es el culto presente de los santos y ángeles igual en un todo á la adoración de los demonios en tiempos anteriores? El nombre solo es distinto, pues la cosa es la misma precisamente...; los hombres deificados por los cristianos han sustituido á los hombres deificados por los gentiles. Bien penetrados de su semejanza estaban los promovedores de este culto y de que el uno era continuación del otro, y en cuanto á que es una misma la adoración, se prueba por practicarse con las mismas ceremonias; en uno y otro se quema incienso en los

altares; se usan aspersiones de agua bendita, ó de una mezcla de agua y sal, al entrar y salir de los templos ó lugares de adoración; se encienden en pleno día y ante los altares y estatuas de las divinidades, lámparas y ciriales; se tapizan los muros de ofrendas votivas y ricos presentes como testimonios de otras tantas curas maravillosas y de peligros salvados; se deifica ó canoniza á los justos muertos; se erige en patronos de tal reino ó provincia á los héroes ó santos difuntos; se adora á los muertos en sus sepulcros ó urnas y en sus santuarios; se reverencian las imágenes y se atribuye á los ídolos poderes y virtudes milagrosas; se levantan pequeños oratorios, altares y estatuas en las calles, en los caminos y en las cumbres de las montañas; se transportan las imágenes en pomposas procesiones, con innumerables luces y con canciones y músicas; se practica la flagelación, por vía de penitencia, en ciertas épocas solemnes; hay gran variedad de órdenes religiosas y de fraternidades de sacerdotes; éstos se afeitan el cráneo, á lo que llaman tonsura; los religiosos de ambos sexos se imponen el celibato y hacen votos de castidad; todos estos y otros muchos ritos y ceremonias se hallan igualmente repartidos entre la superstición pagana y la papal. Por último, los mismos templos, las mismas imágenes que un tiempo estuvieron consagradas á Júpiter y otros demonios, se encuentran ahora bajo la advocación de la Virgen María y otros santos. Los mismos ritos é inscripciones se prescriben en ambas religiones y los mismos prodigios y milagros se relacionan con una y otra; en suma, casi el paganismo completo se ha convertido en papismo, y uno y otro se hallan evidentemente formados sobre un mismo plan y principio, así es que no solamente hay uniformidad, sino conformidad entre la adoración de los antiguos y de los modernos, entre la Roma gentil y la cristiana.»

Hasta aquí el obispo Newton; pero volvamos á los tiempos de Constantino; aunque estas concesiones á las ideas antiguas y populares fueron permitidas y aun estimuladas, el partido religioso dominante jamás dudó por un momento en fortalecer sus decisiones con ayuda del poder civil, la cual le fué concedida ampliamente. Cons-